



Pensar la clínica psicoanalítica con niños y adolescentes durante el período de cuarentena por Covid 19 Conectados/Deprivados

Teresita Ana Milán

*El ser humano sabe hacer de los obstáculos nuevos caminos,
porque a la vida le basta el espacio de una grieta para renacer*

(Sábato, 2006, p. 149)

Al momento de escribir me encuentro cumpliendo un año de duración de la pandemia por Covid 19, y advierto que un clima emocional diferente me acompaña para redactar un tercer escrito sobre la situación. Lo que en el inicio de este fenómeno nos producía incredulidad hoy nos permite reflexionar sobre la manera en que lo hemos transcurrido, a través de experiencias nuevas, creativas y alentadoras, como también de otras resistidas e ineficaces. Como analistas afrontamos el reto, convencidos que podíamos apropiarnos de los recursos tecnológicos que se ofrecen como sustitutos posibles para suplir la distancia que impuso el confinamiento social. Al respecto Díaz (2020 citada por Robledo, 2020) afirma que "El Covid-19, es la primera pandemia virtualizada de la humanidad" (p. 1).

Asistimos a condiciones inéditas de emergencia y de riesgo que vuelven reales a las amenazas sobre la estabilidad de la vida social, económica y cultural de la población. Las experiencias de la historia pasada no alcanzan a dar cabal sentido a lo ocurrido en el presente. En el inicio se vivió el impacto de un cambio vertiginoso. Para los niños y adolescentes el fenómeno fue irrepresentable e imposible de insertar en la línea histórica de sus cortas vidas. Los abuelos prestaron sus voces para contarles sobre la epidemia de

poliomelitis, parálisis infantil, de la década del 50 sumado a las crónicas de antiguas enfermedades masivas. Los hechos que se sucedían, progresivamente, aportaron credibilidad y dieron razón para sostener la obligatoriedad del aislamiento social. Posiblemente, el ícono del virus vaya a marcar la huella epónima de esta época Covid en la que todos, en un entorno incierto y hostil, quedamos bajo cuidados, restricciones y prohibiciones.

Tanto la clínica psicoanalítica como la actividad educativa, se vieron exigidas a desarrollarse en las plataformas digitales. Los analistas y los docentes contrariamos que educar y psicoanalizar, serían tareas imposibles, aun sabiendo que los resultados nunca son completamente satisfactorios.

Nos constituimos como usuarios de línea para intentar mantener la continuidad de nuestras acciones. Las transferencias terapéuticas así como las interacciones escolares se han expresado de maneras diferentes a la etapa pre pandemia, siendo objeto de exploración y de análisis sobre los efectos y las consecuencias del cambio de la presencialidad a la virtualidad.

Clínica en línea

Los niños y adolescentes, nativos digitales, poseen ordenadores más eficaces y complejos que aquellos manejados, en sus inicios, por los adultos; ese hecho ya determina cambios en las relaciones intergeneracionales. Los pacientes nos preguntan si utilizamos Facebook, Instagram, si conocemos la Play, como manera de verificar las vías de comunicación que podemos tener con ellos. Los analistas nos involucramos activamente a fin de participar de la realidad virtual y sacar buen provecho de sus posibilidades. Aún no alcanzamos a resolver las incógnitas sobre el estado mental tras una inmersión digital tan masiva como la que ha favorecido el confinamiento. Aunque no sabemos suficientemente sobre la trascendencia que las nuevas condiciones aportaron a la subjetividad de los niños y adolescentes, hemos podido constatar que gracias a la tecnología recreamos el vínculo terapéutico interrumpido y que logramos, parcialmente, compensar la pérdida del contacto físico con ellos.

Inauguramos una experiencia multisensorial inusual por la cual mantenemos alertas las ventanas de la percepción en conjunción con los diferentes sentidos. Nos encontramos mutando al ritmo de la amplia gama que ofrece la tecnocultura que los adolescentes nos convocan a adoptar y que, cada vez más, nos llevarán a conocer los avances tecnológicos que se sucederán. En cuanto fue posible, ofrecimos el pase de todos los análisis a lo virtual, recibiendo la negativa de algunos pacientes.

Para mi sorpresa, los adolescentes casi no hablaban sobre el fenómeno Covid y sus implicancias. Por el contrario sus padres, y otros pacientes adultos, traían descripciones y comentarios referidos al desarrollo de la pandemia. El nene de 4 años dice *"Papá yo voy a salir a la calle cuando sea grande como vos"*. La nena de 4 años que no quiso subir al auto para ir a comer a la casa de la abuela diciendo *"no debemos salir por el virus"*. Otro niño advirtió *"no salgamos, afuera está el virus"*.

En mi experiencia los adolescentes no lograron sostener, en el tiempo, la nueva consigna y debilitaron el compromiso que mantenían en las sesiones durante la modalidad presencial. En un caso, llama la madre, de una adolescente de 15 años, para decir que a la hija *"no le gustan las sesiones virtuales que dejaría hasta que se puedan retomar las presenciales"*. La joven, que hasta entonces asistía con entusiasmo a la sesión semanal, había desistido del tradicional festejo de cumpleaños a cambio de asistir al festival de Lollapalooza y viajar a Disney con sus amigas. La falta de esa experiencia, con carácter de ritual en nuestra cultura, dejaba un vacío irremplazable.

El aislamiento de la adolescente con su grupo de pertenencia más la virtualidad como la única vía de contacto se replicaban en el presente terapéutico con la analista. Queda en juego el interrogante sobre si es posible redescubrir nuevas expectativas y deseos para reanudar las sesiones y revincularse.

En otra situación, habiendo establecido que la mejor conectividad la conseguíamos con las llamadas por el teléfono móvil una paciente de 17 años insistía en utilizar el WhatsApp, por lo que, era muy frecuente, que en el curso de la sesión, dijera: *"No te oigo, se va la señal"*.

Cuando suspendieron el confinamiento, habíamos acordado con un adolescente de 16 años reanudar la presencialidad, pero el día agendado llovía y unos minutos antes recibí un WhatsApp diciendo que era mejor seguir de modo virtual.

Actuamos como maestros de música con un oído muy afinado capaz de contener y armonizar los sonidos y las voces que emergen de la presencia remota del cuerpo de los pacientes en combinación con el despliegue de los distintos dispositivos informáticos y los estímulos del ambiente doméstico. A veces comienza la sesión virtual y se escucha música de fondo y el paciente dice: *"la puse para que haya onda"*. De pronto irrumpen otras voces: *"Esa que grita es mi mamá, para que veas que lo hace todo el tiempo"*.

En el comienzo de una sesión, por teléfono, un adolescente me dice: *"Esperame porque todavía estoy en un Zoom"*. ¿Cómo considerar esta imposición de espera? La sesión puede estar, en su inicio, impregnada por el estado mental del paciente que hasta segundos antes estuvo conectado en otra comunicación. El apronte que dispone a entregarse al

encuentro analítico se ha obviado. Falta el pre-comienzo de la sesión que distancia la atención del mundo exterior y da lugar a la regresión (Carlino, 2014).

Se nos estimula el sentido visual ante expresiones como: "ahora podés ver lo que te conté". "Te muestro mi pieza". Y, ¿qué miramos, solo eso o bien nos tienta la imagen panóptica que nos ofrece la pantalla y por la cual incursionamos en un espacio antes privado y ahora expuesto para ser visto? En el apremio de la sustitución de la presencia por la pantalla, con estos pacientes se recrea el juego de las escondidas con los bebés, allá y acá, que nos estimula a descubrir el contenido simbólico de lo virtual.

Un día fui sorprendida cuando una joven me preguntó: "¿Viste mi estado?", ante lo cual le pedí que me explicara de qué se trataba porque lo desconocía. Entendí lo importante que era para ella que yo, a través de WhatsApp, pudiera conocer el ambiente en el que se movía y los episodios que habían sucedido el fin de semana anterior a la sesión. La idea de estar en línea y conectados para transmitir y captar imágenes de corta duración con escenas que muestran diversos comportamientos, que se esfuman en pocas horas, están destinados a mostrarse a los otros. La comunicación vehiculizaba un mensaje subyacente a develar: el deseo de ser visto y que le cuenten como lo ven. Apelando a un recurso tecnológico dejaba traslucir su necesidad de recibir una mirada confirmatoria de la identidad que se iba perfilando.

Las pantallas nos ofrecen una oportunidad para repensar sobre nuestras prácticas de hoy y también de las que teníamos hasta el comienzo de la pandemia. Estas circunstancias que delinean un campo propicio para ser analizadas, a la luz de los conceptos psicoanalíticos de la transferencia y contratransferencia, brindan un material muy rico sobre el vínculo analítico. No obstante, pueden quedar inexploradas, en la virtualidad, por exponerse en un plano concreto y caer bajo el efecto del predominio de lo sensorial. Es necesario redefinir y reacomodar el encuadre, si es que en estos casos podemos denominarlo así, para incorporar las nuevas tecnologías de comunicación a los dispositivos que nosotros manejamos. Se trata de sobrellevar las discontinuidades e interrupciones que no configuran veros "ataques al encuadre", según el enfoque tradicional, sino movimientos de regulación en el establecimiento de la cercanía a pesar de la distancia. Revisar la modalidad de trabajo analítico en pandemia pone de relieve el esfuerzo que hemos invertido en mantener la continuidad a partir de analizar los obstáculos y detenciones. Ha sido imperioso atender a las discontinuidades, para retomar después con propuestas más creativas en torno a la reformulación de los parámetros del encuadre analítico. Se puso a prueba la capacidad del analista para flexibilizar las maneras de atender a los pacientes guiados por la confianza en el encuadre interior. La vivencia se asemeja a quien surfea en el mar, atento a mantenerse en un inestable equilibrio, sin perder la línea, con el menor desgaste

muscular posible, atento a la habilidad para volver a empezar después de la caída y con el gozo por el disfrute.

Es importante poder distinguir la utilidad, que nos proveen los soportes tecnológicos para proseguir con las sesiones, de la profundidad que se alcanza con ellos en la comunicación analítica. Si bien aprecio el valor concreto que estos aportan añoro la cadencia que se sucede de un modo espontáneo en una conversación cuerpo a cuerpo en la intimidad del consultorio. El término conversación del latín *conversari* alude a “vivir en compañía” y expresa sobre el valor de hablar, dialogar y comunicar.

En las sesiones virtuales se limita la auténtica relación, faltan esos sonidos y movimientos casi imperceptibles que acompañan a los gestos, semejantes a los acentos, las pausas en la prosa y en el verso. Estamos en conexión pero extrañamos la tonalidad musical que emana del diálogo. Son cual pinturas planas y partituras atonales. Falta el aire que se respira al mismo tiempo, que da envoltura a los cuerpos en presencia. El cuerpo, la emoción, el gesto, la mirada, eso que nos hace humanos.

Los padres

Los pacientes adultos, en sesión, se manifiestan agotados, y asfixiados por el encierro. El teletrabajo, el multitasking, ambos sostenedores del rendimiento laboral y económico, sumado a la vorágine comunicacional, los incita a la búsqueda de sustituir las pretéritas satisfacciones por nuevas alternativas y los enfrenta a rediseñar su cotidianeidad. Ellos traen sus preocupaciones por cómo viven sus hijos el fenómeno de la pandemia. Hablan sobre los cambios en los comportamientos y en las actitudes, los hábitos nocturnos, los asaltos a la heladera, el retraimiento. La representación psíquica de éstos en la mente de los padres es parte del material de nuestro análisis.

El adolescente de 13 años que inició el primer año de la escuela secundaria y prontamente, antes de sentirse parte del pasaje escolar para inaugurar otra etapa, pasó a estar en el hogar de manera sedentaria, aumentó de peso, y permanecía en su cuarto en contacto con amigos en red. Como bien lo explica Byung-Chul (2012) “La hiperinformación y la hipercomunicación no inyectan ninguna luz en la oscuridad” (p. 45). Los sistemas informáticos proveen una cercanía digital que sostiene las relaciones y comunicaciones en la red alejando al sujeto del espacio exterior, de sus semejantes, e intensificando el encuentro consigo mismos. De algún modo la esfera íntima, o la zona de bienestar quedan dependientes de la red.

Covid enfrentó a los hijos tempranamente con la finitud, la mortalidad. Una nena de 7 años con dificultades del sueño, se despierta a medianoche llorando y preguntando “¿se

van a morir los abuelos?”. Pensar sobre la posibilidad de morir confronta con un vacío en la vivencia existencial aun cuando se sabe que eso ocurrirá. La representación sobre la muerte como parte de la vida se va incorporando al ritmo de la visibilidad de las cifras de los fallecidos por el contagio y el miedo que se genera por los fracasos en los tratamientos. Quien habita un cuerpo enfrenta la posibilidad de morir, aunque no pueda tenerlo como un conocimiento cierto y seguro. El complejo de la muerte necesita ser metabolizado en las familias para poder vivir la vida y darle sentido a las desapariciones de sus miembros, sobre todo a los de mayor edad. Imaginariamente frente al Covid todos somos sobrevivientes.

Otro ejemplo sobre la vinculación entre padres e hijos, en tiempos de pandemia, describe que para sobrellevar el aislamiento un grupo de familias organizaron una reunión al aire libre con los hijos y sus compañeros de colegio; un niño de 8 años toma el celular de su padre y encuentra un video pornográfico que es visto por los demás amigos. Exceso de exposición, imágenes que incitan a la excitación y la satisfacción inmediata ponen al descubierto lo que se pretende ocultar del mundo adulto.

La Escuela por Zoom

La educación a distancia cuenta con una importante tradición y en el presente cobró una central actualidad. Una reflexión contemporánea sobre la experiencia de transitar la pandemia, atento a sus efectos subjetivos y sociales entre los niños y adolescentes, no puede eludir contemplar la relación de éstos con la escuela.

Lo primero que aparecía como respuesta ante la novedad de encontrar al docente en la pantalla eran los titubeos para la revinculación (Pinto, 2020). Lo que hasta entonces era solo una experiencia con los amigos en los juegos por la Play, se instaló como metodología escolar. Pero, las pantallas apagadas, “los cuadraditos negros”, dejaron ver que algo de la repetición y de la rutina teñía esas horas de enseñanza a la distancia. Aún en conexión faltaba el interés de los estudiantes por participar de una manera activa en las experiencias de aprendizaje. Eran frecuentes los comentarios, que ellos hacían, en referencia al hastío, el aburrimiento, la indiferencia respecto a esas clases. Algunos niños que iniciaron el aprendizaje de la escuela primaria no lograron, a fin de año, la lectoescritura ni a calcular con facilidad. Una de estas niñas, que inició el primer grado en un colegio distinto al del Jardín de Infantes, decía: “nadie me conoce, no me saludan”, lo que expresa la necesidad de reconocimiento para la integración entre los pares. El aislamiento se puede asimilar a una experiencia de deprivación winnicottiana, que aumenta los sentimientos de ajenidad

al no ser recibido por otro. En este sentido se podría marcar una diferencia entre privación y carencia siendo que en la primera se espera algo de alguien. El deseo de aprender y de enseñar no sólo puede quedar sostenido por las plataformas. Los docentes también se manifestaron exigidos y cansados por llevar a cabo los objetivos programados desde sus hogares, transformados en escuelas, en la coexistencia de la enseñanza y la crianza de los hijos.

El acento sobre la construcción del vínculo para encarnar la experiencia educativa es el objetivo fundamental que reclama esta época. Maggio (2020) comenta que cada propuesta, una clase, o cualquier otro recurso que se crea, configuran abrazos que sostienen a los estudiantes en el sistema y garantizan su derecho a la educación.

De las mutaciones que nos beneficiarían la reforma de la enseñanza debería priorizar el orden de la atención que los gobiernos emprendan para apuntar al desarrollo de una ciudadanía preparada hacia el futuro. El pensamiento de Morin (2007) concibe a la enseñanza como una misión destinada a preparar las mentes para el conocimiento humano, para enfrentar las incertidumbres. El autor propone la figura de la cabeza bien puesta en contraposición a la cabeza bien llena en respuesta a los desafíos que plantea la creciente complejidad de los problemas en la era planetaria.

El espacio educativo y las interacciones reclaman realizar variantes en el encuadre lo que requiere un diseño diferente en pos de una educación que atienda de una manera más sensible, empática y profunda a las necesidades de toda la comunidad educativa (Pinto, 2020).

En conclusión, la crianza, la enseñanza y el análisis, tres tareas primordiales para el desarrollo de las nuevas generaciones, convergen en una idéntica actitud: el cuidado de sí y del otro unidos en un vínculo que se construye y se sostiene por la fuerza vital que emerge en cada encuentro abierto a lo nuevo y diferente. Es indudable el beneficio que los recursos informáticos han prestado en esta pandemia. El exceso de las conexiones o en su extremo la privación emocional parecería coincidir con el paisaje Covid de niños y adolescentes. La sutil armonía entre lo viejo y lo actual indica que las tradiciones y los rituales en tanto acciones simbólicas que dan forma a una comunidad y cohesionan las diferencias, conservan su vigencia para transmitir a los jóvenes parte del acervo cultural. Desde una perspectiva ética psicoanalítica compartimos la idea de redescubrir, en cada acto, lo genuino de la persona, no esperando que se nos presente la receta salvadora ni las respuestas únicas para comprender la singularidad subjetiva. Recuperar el encantamiento que genera la humanidad, con la esperanza del triunfo de Eros, nos alienta a ir tras la utopía de vivir.



Resumen

La clínica psicoanalítica y la actividad educativa, se vieron exigidas a desarrollarse en las plataformas digitales. Los analistas y los docentes contrariamos que educar y psicoanalizar serían tareas imposibles. Ha sido imperioso atender a las discontinuidades para la reformulación de los parámetros del encuadre analítico. El deseo de aprender y de enseñar no sólo puede quedar sostenido por la informática. El exceso de las conexiones o la privación emocional parecería coincidir en el paisaje Covid de niños y adolescentes. Las ideas expuestas se ilustran con observaciones clínicas y de la práctica educativa.

Palabras clave

Clínica psicoanalítica, Niños, Adolescentes, Covid 19.

Thinking the psychoanalytic clinic with children and adolescents during the covid-19 quarantine. Connected/deprived

Summary

The psychoanalytic clinic and the educational activity were forced to develop on digital platforms. Analysts and teachers argued that educating and psychoanalyzing would be impossible tasks. It has been imperative to attend to the discontinuities for the reformulation of the parameters of the analytic framework. The desire to learn and to teach cannot only be sustained by computer technology. The excess of connections or emotional deprivation would seem to coincide in the Covid landscape of children and adolescents. The ideas presented are illustrated with observations from clinical and educational practice.

Key words

Psychoanalytic Clinic, Children, Adolescents, Covid 19.

Pensez à la clinique psychanalytique avec des enfants et des adolescents pendant la période de quarantaine pour Covid 19. Connecté/Privé

Résumé

La clinique psychanalytique et l'activité éducative devaient se développer sur des plateformes numériques. Les analystes et les enseignants contredisent que l'éducation et la psychanalyse seraient des tâches impossibles. Il a été impératif de s'occuper des discontinuités pour la reformulation des paramètres du cadre analytique. Le désir d'apprendre et d'enseigner ne peut pas seulement être soutenu par l'informatique. Des connexions excessives ou une privation émotionnelle semblent correspondre au paysage Covid des enfants et des adolescents. Les idées présentées sont illustrées par des observations cliniques et des pratiques pédagogiques.

Mots-clés

Clinique psychanalytique, Enfants, Adolescents, Covid 19

REFERENCIAS

- Byung-Chul, H. (2013). *La sociedad de la transparencia* (1ª ed, 2ª imp.). Herder. (Trabajo original publicado 2012).
- Carlino, R. (2014). Reflexiones actuales sobre el psicoanálisis a distancia. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 18.
- Maggio, M. (20 de octubre de 2020). *Deseo, oportunidades y tecnologías: desafíos de una época en educación y formación de analistas*. Mesa de diálogo. Asociación Psicoanalítica Argentina. Buenos Aires. Recuperado de



- <https://apa.org.ar/Eventos/Mesa-de-dialogo-Deseo-oportunidades-y-tecnologias-desafios-de-una-epoca-en-y-formacion-de-analistas>
- Morin, E. (2007). *La cabeza bien puesta. Bases para una reforma educativa* (1ª ed., 6ª reimp). Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado 1999).
- Pinto, L. (20 de octubre de 2020). *Deseo, oportunidades y tecnologías: desafíos de una época en educación y formación de analistas*. Mesa de diálogo. Asociación Psicoanalítica Argentina. Buenos Aires. Recuperado de <https://apa.org.ar/Eventos/Mesa-de-dialogo-Deseo-oportunidades-y-tecnologias-desafios-de-una-epoca-en-y-formacion-de-analistas>
- Robledo, A., Giménez, A. (2020). Juventudes en tiempos de pandemia. En: *Margen: revista de trabajo social y ciencias sociales*, 97, 1-5. p1. Recuperado el 5 de febrero de 2021, de www.margen.org/suscri/margen97/Robledo97.pdf
- Sábato, E. (2006). *La resistencia*. La Nación. p. 149.